

necesitaba Napoleón obtener una victoria ruidosa, y hubo un momento en que creyó que iban á lograrse sus deseos.

Los dos ejércitos de Barclay y Bagratión se juntaron en Smolensko el tres de Agosto, celebrando los generales en jefe un consejo de guerra, con asistencia del gran duque Constantino y otros militares de alta graduación, y aunque Barclay se inclinaba á retirarse, para contentar á Bagratión, que sostenía la necesidad de batirse, se atacaron los acantonamientos más avanzados de Murat y de Ney, pero sin decidirse á pasar de allí. A su vez el Gran Ejército tomó la ofensiva. El catorce de Agosto, Murat mandó mil ó mil doscientos hombres contra Bagratión y estuvo á punto de sorprender á Smolensko; pero los dos generales rusos corrieron á defender la ciudad. Entonces fué cuando Napoleón se imaginó que, por fin, se le presentaban la suspirada ocasión de librar á los rusos una gran batalla. Trabajóse, en efecto, la acción, que duró dos días, el diez y siete y diez y ocho de Agosto, en que Barclay, acometido por fuerzas muy superiores, se retiró, después de un sangriento combate, al camino de Moscou, arrastrando consigo á Bagratión y abandonando á sus contrarios la ciudad, que era presa de las llamas. En estas jornadas, los franceses tuvieron seis ó siete mil bajas; los rusos, doce ó trece mil. A los polacos del Gran Ejército les regocijó extraordinariamente la toma de la antigua fortaleza, que sostuviera tantos sitios durante los siglos décimo quinto y décimo sexto. En cambio, Napoleón consideró fallidas sus esperanzas pues no había podido destruir ninguno de los dos ejércitos rusos. Sus enemigos quedaron también descontentos, menos del resultado del combate que de la retirada dispuesta por Barclay, no perdonando á éste la pérdida de la ciudad «santificada y venerada», y eso que él tuvo la precaución de hacer conducir al campamento, para llevársela consigo, la imagen de la «Santa Virgen», que era el principal título que ostentaba Smolensko al respeto de los moscovitas. El general de brigada inglés, sir Roberto Wilson, que estaba accidentalmente en el cuartel general ruso, recibió encargo de los jefes del ejército de ir á San Petersburgo y manifestar á Alejandro el disgusto de las tropas por aquel continuo retroceso, que atribuían á torpes manejos de la política antinacional y afrancesada del canciller conde de Romanzoff, debiendo, además, prevenirle que considerarían cualquiera orden de suspender las hostilidades y tratar á los invasores como amigos, contraria á los sentimientos y deseos de S. M. el Emperador y arrancada al soberano por medio de falsas manifestaciones en algún momento de apuro extremo, de suerte que, lejos de obedecerla, continuarían cumpliendo con su deber hasta arrojar del país al enemigo. El Czar recibió muy afectuosamente á Wilson, autorizándole para que, á su regreso al cuartel general, dijera al ejército que estaba resuelto á no entablar, ni consentir que se entablaran, negociaciones con Napoleón mientras un solo francés armado hollase el suelo ruso, prefiriendo á hacer otra cosa «dejarse crecer la barba hasta el ombligo y comer patatas en Siberia».

Después de la batalla de Smolensko, Ney persiguió á los rusos, embistiendo cerca de Valentino, el diez y nueve de Agosto, al cuerpo de ejército de Tutchkof, que era uno de los lugartenientes de Barclay; esta acción, que fué, según Thiers, «de las más sangrientas del siglo», costó á cada uno de los beligerantes de siete á ocho mil hombres, muriendo en ella el general de división Gudin, á quien substituyó Gerard.

En otros lugares del vasto teatro de la guerra, había habido también, en el intermedio, diferentes encuentros entre rusos y franceses. Oudinot ocupó á Polotsk, venciendo á Wittgenstein en Jacubovo, el veintinueve de Julio, y en el Drissa, el primero de Agosto. Macdonald se extendió por la Curlandia, triunfó en Mittau, y, ahora sitiaba á Riga y amenazaba á San Petersburgo. Herido Oudinot al efectuar un movimiento delante de Polotsk reemplazóle Gouvion de Saint Cyr, que al día siguiente, diez y ocho de Agosto, infligía á los rusos una seria derrota en aquellos mismos lugares. En Polonia había sido descalado el cuerpo sajón de Reynier; pero, luego, este general y el príncipe de Schwartzemberg dispersaron en Gorodeczna á Tormassof. El aspecto general de la campaña no era malo, por consiguiente, y si Napoleón, dueño de Dvina y el Dnieper, que formaran en tiempos anteriores la frontera oriental, no de Polonia, mas sí del Imperio polaco se hubiese contentado con fortificar las plazas que los dominan, quizás no hubiera visto derrumbarse tan pronto ni con tanto estrépito la obra levantada por su loca ambición y su satánico orgullo; pero creía que necesitaba un éxito resonante para mantener en la obediencia á los países sometidos ó aliados, y aun á la misma Francia, donde el Imperio se miraba desde hacía tiempo como una especie de yugo extranjero, y le empujaba, además, su sed de dominación, que era inextinguible. Las estepas rusas le atraían, como atrae el abismo á quien se inclina á contemplarlo, y siguió adelante. Había llegado á ser el hombre del destino, como se figuraba, pero de un destino que él forjara con sus propios actos y cuyos decretos no eran sino la consecuencia natural de su conducta. Al verle pasar de Smolensko, debieron los polacos perder sus últimas ilusiones, y aunque muchos confiaran todavía, la parte más esclarecida supo á que atenerse, como lo revelan las proféticas palabras que pronunció el general Kropinski, después de la retirada de Rusia: «Napoleón no reconstituyó á Polonia cuando podía, tal vez quisiera hacerlo ahora que no puede. El concurso que Austria le presta no es sincero, y los alemanes ansían salir de la dependencia en que se hallan: quizás seamos nosotros entregados como presa á los extranjeros; acaso Francia compre con nuestro sacrificio su propia seguridad». Estas frases vinieron á ser un comentario de aquellas otras que poco antes dirigiera Kosciusko á sus compatriotas, desde América: «Apesar de las simpatías que existen entre franceses y polacos, no sé por qué los primeros nos abandonan siempre en las crisis más decisivas».

Pareció que Barclay y Bagratión se decidían á librar nueva batalla en Dogoregobuge, lo que puso muy contento á Napoleón; mas en seguida se retiraron, para volver á

hacer alto en Viazma, donde, sin embargo, tampoco esperaron á los franceses, sino que continuaron retrocediendo hasta Tsarevo-Zaimitche. Sin duda, su propósito era llevar á sus contrarios hacia Moscou. Llovía torrencialmente, y los generales de Napoleón se manifestaron inquietos, atreviéndose Berthier á exponer algunas observaciones al Emperador. «¡Vos también, le contestó, vos también sois de aquellos que ya están desanimados!» No obstante, reflexionó, y como insistiera Berthier y lo apoyaran Ney y Murat, entristecidos con las frías lluvias que estaban cayendo desde que empezara Septiembre, les dijo en Ghiat, el tres de dicho mes: «Si mañana no mejora el tiempo, nos detendremos». El día cuatro amaneció espléndido.

A fines de Agosto, el Czar, en vista de la poca confianza que las tropas demostraban tener en Barclay y Bagratión, resolvió subordinarlos á ambos á Kutuzof, que en la última guerra contra los turcos se había cubierto de laureles. El ejército acogió este nombramiento con un estrepitoso grito de guerra. «Kutuzof, decían los soldados, ha venido para batir á los franceses». Alejandro, por su parte, se fué á Moscou y convocó á los nobles y personas de la clase media, que le ofrecieron unánimemente gente y auxilios para la milicia; proclamóse el levantamiento en masa, esperando poder reunir seiscientos mil combatientes de «largas barbas», y Rostoptchine, nombrado gobernador de Moscou, prometió que esta ciudad enviaría ella sola ochenta mil. La elección de Kutuzof la interpretaron al ejército y el pueblo como señal evidente de que iba á cambiarse de táctica en la guerra, y el prudente general, comprendiéndolo así y conmovido por las aclamaciones con que sus compatriotas le saludaban, determinó hacer, en aras de la opinión, un sacrificio que habría omitido seguramente á serle posible obrar con más libertad. Después de la batalla de Smolensko, le quedaban á Napoleón menos de ciento sesenta mil hombres, convertidos en una horda indisciplinada y turbulenta, y este número disminuía con rapidez á causa de los destacamentos y guarniciones que se dejaban al paso y de las bajas incesantes que se producían. Era, pues, fácil á los rusos triunfar en definitiva y evitar derramamiento de sangre por su parte, sin más que abandonar á las circunstancias combinadas de lugar y tiempo la tarea de consumir el aniquilamiento del ejército enemigo. Kutuzof, empero, no juzgó oportuno desoir el clamor público, y se aprestó á pelear.

Ya el cinco de Septiembre se luchó con encarnizamiento, por la posesión de un reducito ruso situado en el cerro de Chevardino, perdiendo los franceses cuatro ó cinco mil hombres, y sus contrarios siete ú ocho mil. Kutuzof había tomado posiciones en la pequeña llanura regada por el Kolotcha y sus afluentes, en la cual se elevaban las aldeas de Borodino, Gorki y Seménovskóe; á su derecha, Barclay ocupaba á Borodino, con la caballería de Uvarof y los cosacos de Patof; en Gorki estaban la caballería y los granaderos de Dokturof; en el lugar denominado la Montaña Roja, habían construido los rusos «la batería de Raievski», llamada por los franceses «el gran reducito»; seguía después una

depresión del terreno, donde se alzaba Semenovskoe, y á continuación otras tres baterías denominadas «flechas de Bagratión». En la extrema izquierda se hallaban las fuerzas de la *opoltchenie*, en los bosques de Utitsa. Detrás de la línea de batalla, en Psarévo y Kniazcovo, había colocado Kutuzof las reservas de Tutchkof. El generalísimo ruso disponía de seiscientos cuarenta cañones y de ciento cuarenta mil hombres, según Lhiers, no más que de ciento veinte mil, según Rambaud, cifra que aun Oncken reduce á la de ciento seis mil. El ejército de Napoleón contaba con ciento treinta mil combatientes y quinientos ochenta y siete cañones. Su distribución era la siguiente: Eugenio, con los bávaros, el ejército de Italia y las divisiones de Morand y Gerard del de Davout, estaba enfrente de Borodino; Ney daba la cara al gran reducito, con los franceses de Ledru y Razut, los wurtembergueses de Marchand y los westfalianos de Junot; á la derecha, mirando á las tres «flechas de Bagratión», se hallaba Davout, con las divisiones Compans y Desaix; más allá enfrente de Utitsa, Poniatovski y los polacos; en fin, á retaguardia, la caballería de Murat, y como reserva, la guardia imperial.

El día seis fué de descanso para los contendientes. Los rusos oraron, practicaron sus devociones, pasearon procesionalmente la imagen de la Virgen María, salvada en Smolensko, comulgaron, y su general en jefe hizo circular una alocución, que terminaba diciendo: «Soldados, cumplid con vuestro deber; pensad en los sacrificios de vuestras ciudades incendiadas, de vuestros hijos, que esperan vuestro auxilio; pensad en vuestro Emperador, en vuestro señor, que hoy os considera como el nervio de su fuerza, y mañana, antes de que el sol se ponga, habréis grabado en el suelo de la patria con la sangre del agresor y de sus soldados vuestra fe y vuestra lealtad». El siete, á las cinco y media de la mañana se empeñó la batalla, comenzando por un espantoso cañoneo, que se oía á veinte leguas en contorno, hasta Moscou. En seguida, los franceses emprendieron el ataque: Eugenio se apoderó de Borodino, y Davout y sus lugartenientes asaltaron el gran reducito; pero Compans fué herido y el mismo Davout cayó del caballo con fuertes contusiones, siendo reemplazado por Ney y Eugenio, que tomaron la terrible batería á la bayoneta, mientras Razout se posesionaba de las flechas de Bagratión. Eran las diez de la mañana. Los rusos acometieron á su vez vigorosamente á sus contrarios, lanzándose en masas compactas sobre las obras y fortificaciones que les acababan de quitar; consiguieron rescatar el gran reducito, aunque no las flechas de Bagratión, que defendían Ney y Murat. Aperciéndose éstos á embestir segunda vez la formidable batería, cuando una división producida por los cosacos de Platof y la caballería de Uvarof, hacia el lado de Borodino, poniendo en cuidado á los franceses, les movió á suspender la carga. Arrojadados los cosacos de Borodino, que habían recuperado, y conquistadas las alturas de Utitsa por Poniatowski, la lucha se reanudó más tremenda que nunca en el gran reducito, sobre el cual se precipitó Caulaincourt, con tres regimientos de coraceros y dos de carabineros,